

Parte 1: Capítulo 4

La imperfección de la santificación en esta vida

Herman Hanko

*¡Miserable hombre de mí! ¿Quién me librerá del cuerpo
de esta muerte? (Ro. 7:24).*

Introducción

El hijo elegido de Dios desde el momento de su regeneración es un santo cristiano santificado. Sin embargo, si uno lo observara en el mundo y, cómo se observa a sí mismo, es, aunque santificado, un pecador. Es un santo pecador o, para expresarlo de otro modo, es un santo pecador. Es pecador y santo al mismo tiempo.

El hijo de Dios elegido y santificado en este mundo es una criatura extraña. El tipo de vida que lleva es inexplicable. Por una parte, es, de hecho, una nueva criatura que ora con valentía: «Júzgame, oh Jehová, porque yo en mi integridad he andado» (Sal. 26:1). Y por otra parte grita: «¡Miserable hombre de mí! ¿Quién me librerá del cuerpo de esta muerte?» (Ro. 7:24). Reclama la perfección y no teme que Dios, a quien no se puede ocultar el mal, escudriñe su corazón (Sal. 139:23-24). Pero de él se puede decir que tiene sólo un pequeño comienzo de la nueva obediencia, y que sus mejores obras están corrompidas y contaminadas por el pecado. Puede decir con confianza con Pablo, «Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó» (Ro. 8:37), y sin embargo clama diariamente: “Dios, sé propicio a mí, pecador” (Lucas 18:13).

¿Qué clase de persona puede ser?

Cómo lo creó Dios

El hombre fue creado del polvo de la tierra como un ser adaptado para vivir en esta creación terrenal (Gn. 2:7). Era de la tierra, terrenal, y no podía escapar de la creación terrenal para elevarse a la celestial. Él fue creado para vivir en el mundo de Dios con su esposa, Eva. Pero Dios también sopló en su nariz aliento de vida, para que pudiera, a diferencia de los animales y los árboles, vivir en relación con Dios como amigo de su pacto.

También fue creado profeta, sacerdote y rey para representar a Dios en su mundo; y era el portador de la imagen de Dios, que llevaba en su naturaleza verdadero conocimiento, justicia y santidad. Su santidad era la santidad de Dios mismo y se manifestaba en una consagración completa a Dios con una santidad sin falta.

En cuanto a su constitución psíquica, fue creado como una criatura con cuerpo y alma. Su alma era una sustancia espiritual, íntimamente ligada al cuerpo e impregnándolo todo, pero no material como su cuerpo.

Las dos facultades de su alma, y aquello que lo diferenciaba de las aves y los árboles, los peces y los animales, eran la presencia en Adán de una mente para pensar y conocer, y de una voluntad para hacer en la creación, por medio de la cual vivía.

Pero la Escritura habla también del «espíritu» del hombre (Ec. 12:7; Hch. 7:59; I Ts. 5:23). Aunque es difícil determinar con precisión lo que la Escritura entiende por espíritu del hombre y aunque el tema se ha debatido durante siglos, está claro que el espíritu no es un tercer elemento de la constitución psíquica del hombre. Es probablemente el lado espiritual del alma el que permite al hombre, con mente y voluntad, conocer a Dios, saber que está en una relación moral con Dios, saber que ante Dios está llamado a vivir en humilde obediencia a Él y saber que tendrá que dar cuenta a Dios de todo lo que hace.

Además de todo esto, el hombre fue creado como persona, lo que significa que era un individuo consciente de sí mismo, y que podía estar y vivir en relación con Dios, ya fuera como amigo de Dios o como enemigo de Dios.

La Escritura habla también del corazón del hombre, no del corazón físico que bombea sangre por todo su cuerpo, sino del centro espiritual de su vida moral y ética. La Escritura, especialmente en su descripción de la terrible caída del hombre en el pecado y de su salvación, habla mucho del corazón. El corazón, por así decirlo, es a toda la naturaleza en el mismo sentido que una bellota es a toda la encina: un microcosmos de toda la naturaleza. Al mismo tiempo, es el centro moral y ético de la vida del hombre. Si el corazón es moralmente bueno, el hombre es moralmente bueno en toda su naturaleza. Si el corazón es malo, el hombre es malo en toda su naturaleza.

Lo que la caída le hizo al hombre

La Escritura es absolutamente clara sobre el hecho de que, cuando Adán eligió representar la causa de Satanás en el mundo en lugar de la causa de Dios, se corrompió y depravó en todo su ser y en todo lo que hizo. Esta corrupción total de la naturaleza del hombre es la muerte con la que Dios amenazó a Adán si éste se desobedecía (Gn. 2:17; Ef. 2:1).

El corazón de Adán fue corrompido y, como resultado, toda su naturaleza fue corrompida, lo que le convirtió en enemigo de Dios en lugar de amigo. Su mente fue entenebrecida de modo que no podía conocer la verdad. Su voluntad fue depravada, de modo que no podía querer el bien, sino que sólo podía lo que es contrario a los mandamientos de Dios. Su cuerpo se convirtió un instrumento para llevar a cabo sus malvados designios en el mundo de Dios. No tiene ningún rasgo que lo redima, Él enemigo de Dios, corruptor del mundo de Dios, un odiador de todos menos de sí mismo y un amante del infierno de todo lo que es malo (Ro. 8:7; Tito 3:3).

Esta corrupción de la naturaleza del hombre no cambia, ni siquiera cuando un pecador elegido es regenerado y ni siquiera cuando un santo regenerado es santificado. No cambia durante toda su vida en el mundo. Se cambia sólo en la muerte y al final de los tiempos cuando el cuerpo del hijo elegido de Dios es levantado de la tumba.

Una verdad negada

Todo esto es negado casi universalmente. Los pelagianos y los arminianos, de los cuales muchas iglesias están llenas, niegan la depravación total y reclaman el libre albedrío del hombre caído. Es decir, introducen

en la terrible condición del hombre la noción extraña y completamente falsa de un pecador caído que tiene libre albedrío y que aún puede, aunque sea con gran esfuerzo, elegir por el bien, por Cristo y por Dios.

Aquellos que sostienen la gracia común niegan la depravación total haciendo al pecador horriblemente depravado objeto de la gracia, el amor y la misericordia de Dios. Enseñan en su ceguera que Dios quiere que todos los hombres se salven y que Dios da gracia a todos para que ellos también puedan hacer el bien y elegir lo que Dios aprueba. Aunque son los destinatarios de la gracia, aún pueden rechazar el amor de Dios.

La iglesia también ha sido infiltrada con aquellos que enseñan un cierto perfeccionismo en esta vida. Los pelagianos de la época de Agustín afirmaban que el hombre podía, aunque con esfuerzo, alcanzar un estado sin pecado. Más enseñanzas modernas del perfeccionismo comenzaron con John Wesley y su odio a la salvación de los elegidos sólo por gracia. El hombre, según Wesley podía alcanzar un estado sin pecado de las arenas movedizas de la depravación y al estado de amor puro que Dios quería.

Se cuenta la historia de un ministro engañado en los Países Bajos que comenzó el culto un domingo por la mañana con el anuncio a su congregación que ese día celebraba un aniversario. Su aniversario, según dijo a su sufrido rebaño, era éste: Había pasado exactamente un año desde que había cometido ¡su último pecado!

Muchas sectas y movimientos cuasi-religiosos han llegado como plagas en la iglesia con el veneno del perfeccionismo hábilmente escondido detrás de su piadosa palabrería. Estos desalientan al pueblo de Dios, que, como resultado de tal error, se ven a sí mismos como no salvos cuando todavía ven pecado en sus vidas.

El perfeccionista se equivoca, porque no sabe, al parecer, lo que es el pecado. Él, como los pelagianos y los arminianos, encuentra el pecado sólo en el hecho externo y se considera capaz de llevar una vida exteriormente moral conforme a la ley de Dios y, por tanto, una vida perfecta. No concibe el hecho de que el pecado es la corrupción de su naturaleza. La acción exterior del mayor de los pecadores puede parecer conforme a la voluntad de Dios, pero esto también era cierto para los fariseos de la época de Jesús, a quienes el Señor condenó con escarnio. Ningún poder humano puede alterar la naturaleza corrupta y depravada del hombre, porque el pecado es la raíz de toda la naturaleza del hombre.

El poder de la santificación

Las Escrituras dejan claro que, aunque la obra de santificación de Dios es una limpieza total del pecado, la limpieza total no tiene lugar en esta vida. Pablo enseña esto en Gálatas 5:17 que habla de una guerra que tiene lugar entre la carne y el Espíritu en el cristiano regenerado: «Porque la carne desea contra el Espíritu y el Espíritu es contra la carne; y éstos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que quisierais.»

Habla de la carne y del Espíritu como antagonistas. Por «carne», el apóstol, en consonancia con otros usos del término en el Nuevo Testamento, se refiere a toda nuestra naturaleza, cuerpo y alma, con todas sus facultades, corrompida en su totalidad por el pecado.

Por otra parte, el apóstol llama Espíritu Santo al enemigo de nuestra carne. La AV o KJV es correcta al poner en mayúsculas la palabra «Espíritu», ya que la referencia no es a nuestros espíritus sino al Espíritu Santo de Cristo que se da al hijo elegido de Dios. Es cierto, por supuesto, que el Espíritu obra en su poder santificador a través de nosotros, pero el apóstol enfatiza que el Espíritu Santo es en todos los aspectos el autor de nuestra de nuestra santificación y que el Espíritu Santo está, por así decirlo, “de nuestra parte” o nos pone de su parte.

La guerra entre estos dos antagonistas se define con la palabra «deseo». «Deseo» no se refiere siempre a los deseos sexuales; tiene la connotación más amplia de cualquier deseo o anhelo fuerte que surge de la voluntad. Estos deseos están en oposición directa a los deseos del Espíritu Santo, que nos hace «desear» desesperadamente el favor y el amor de Dios derramado en nuestros corazones, y ser guiados en todos los caminos de Sus santas leyes. Nuestra carne desea lo contrario en todos los aspectos. Nuestra carne odia a Dios y desea su destrucción o, al menos o, el fin de Sus esfuerzos por dirigir nuestras vidas. La carne desea fuertemente la aprobación de Satanás, en lugar de la de Dios, y se extiende con anhelos extenuantes todo lo que es contrario a la ley de Dios.

El resultado es que no podemos hacer las cosas que quisiéramos.

Aunque hablaré más de esto más adelante, espero que noten un rayo de esperanza en esta afirmación del apóstol. Si bien es cierto que deseamos con nuestra voluntad todo lo que se opone a Dios, Pablo afirma enfáticamente que nuestras voluntades también desean el bien, aunque seamos incapaces de realizarlo. El apóstol expresó casi la misma idea en aquella dramática descripción de la guerra que se libra en nosotros en Romanos 7:14-25. Leemos allí: “Porque lo que hago, no lo entiendo; pues no hago lo que quiero; sino lo que aborrezco, eso hago” (v. 15); “Y si lo que no quiero” (v. 16); “porque el querer está en mí, mas el hacer el bien no lo alcanzo” (v.18); “Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago” (v. 19); “queriendo hacer yo el bien,...el mal está en mí” (v. 21); “Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios; mas veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros” (vv. 22-23).

¿Cómo se explica todo esto? La tentación es explicar todo esto académica y teológica para que quede abstracto, aunque interesante. El hecho es que esta terrible batalla se libra a cada instante en la vida del hijo de Dios santificado. La vejez no disminuye la fuerza del conflicto, sino que, con el paso de los años, la batalla se hace más intensa y mortal. Esto no se debe tanto a que el enemigo se fortalezca en nosotros, aunque eso es parcialmente cierto, sino que es porque reconocemos más claramente la batalla y su terrible poder, y nos asusta el terrible poder que el pecado tiene en nosotros.

Esta batalla sólo es posible por la obra de Dios a través del Espíritu de Cristo en la maravilla de la santificación.

Hay que tener en cuenta los siguientes elementos.

En primer lugar, el corazón, centro moral del hombre y microcosmos de toda su naturaleza, es santificado. Esta santificación tiene lugar ya en la regeneración, pero tiene como consecuencia la creación por el Espíritu Santo de lo que la Escritura llama «el hombre nuevo». Es la creación de un principio de santidad que está

completamente libre de pecado, incapaz de pecar y santo como Dios es santo (I Juan 3:9). Este hombre nuevo es alimentado y nutrido por la Palabra de Dios para que crezca y se desarrolle en nosotros.

En segundo lugar, ese hombre nuevo, creado en el milagro de la regeneración, nunca incluye nuestra naturaleza pecaminosa o carne, que permanece corrompida. Pero sí crece en su influencia sobre nuestra naturaleza, hasta que morimos y nuestras almas son perfeccionadas cuando van al cielo. La perfección final de nuestra naturaleza se produce en la resurrección de nuestros cuerpos, cuando nuestros cuerpos se conforman a la semejanza del cuerpo de Cristo (Flp. 3:21).

En tercer lugar, la batalla que se libra en nuestro interior varía, por así decirlo, y en un momento domina un bando y en otro el otro. Existe una analogía entre la historia de la nación de Israel y la guerra que se libra en nuestro interior. Hubo momentos en la historia de Israel (y más tarde en la historia de Judá) en que buenos reyes gobernaron la nación, como en los días de David, Salomón, Asa, Ezequías y Josías. Bajo su gobierno, sus profetas traían la Palabra de Dios, los sacerdotes cumplían sus deberes asignados por Dios en el templo y la nación servía al Señor.

Esto no significaba que no hubiera malvados en la nación (seguramente los había), pero la nación se manifestaba en su conjunto como el pueblo de Dios.

Pero también hubo tiempos en que reyes malvados gobernaron la nación, hombres como Joram, Acáz y Joaquín. Durante sus reinados, la nación sirvió a los ídolos, cometió pecados peores que las naciones vecinas, cerró el templo, mató a los profetas e hizo caer sobre la nación la feroz ira de Dios.

¿Significaba esto que no había pueblo de Dios en la nación? Lejos ni mucho menos. Elías pensó tontamente que era el único creyente que quedaba (I Reyes 19:10), pero Dios informó al desesperado profeta que se había reservado siete mil que no habían doblado la rodilla ante Baal (I Reyes 19:18; Ro. 11:4).

Lo mismo sucede en nuestras vidas. A veces la maldad de nuestra naturaleza se apodera de nosotros. Nuestras oraciones son mecánicas y sin sinceridad. Nuestra conciencia del favor de Dios desaparece. El pecado controla nuestros pensamientos y nuestros deseos, nuestras palabras y nuestros actos. Cuando la conciencia de nuestros pecados y esa insatisfacción interior con nuestras vidas pasan a primer plano, podemos llegar a rezar, como Agustín: «Señor, líbrame de mi fornicación, ¡pero todavía no!». Basta leer los Salmos, maravillosa biografía de la vida del cristiano en este mundo, para apreciar cómo los dulces cantores de Israel se vieron abrumados por el poder de sus enemigos, pero se llenaron de alabanza y confianza en su santidad cuando la santificación dio al Espíritu dominio sobre ellos.

En cuarto lugar, aunque hay crecimiento en la santificación, no es el tipo de crecimiento que los hombres esperan. En cierto sentido, no nos volvemos más santos como si nuestras naturalezas fueran gradualmente purificadas mientras permanecemos en la carne. El viejo hombre permanece totalmente depravado hasta la muerte, pero el Espíritu Santo es un poderoso poder dentro de nosotros, que finalmente tiene la victoria, una victoria garantizada por la cruz de Jesucristo.

Se puede comparar nuestras naturalezas depravadas con un perro pitbull, vicioso y feroz, decidido a matar a cualquiera que esté a su alcance. Sin embargo, su amo puede controlarlo sujetándolo con una correa para

evitar que haga daño a nadie, aunque intente atacar a otros. Así que nuestras naturalezas pecaminosas son controladas por el Espíritu Santo, quien nos impide cometer pecados que de otra manera cometeríamos. Él hace esto al responder nuestra oración de “No nos dejes caer en tentación.” También lo hace cuando nos enfrentamos a la tentación, ya que nos da gracia para resistir.

Pero hay más. Incluso un pitbull, por vicioso que sea, aprende a obedecer ciertos comandos de su amo. Él conoce a su amo y así se sienta cuando su amo dice “Siéntate.” Se queda a su lado cuando su amo dice “Junto.”

El Espíritu Santo también nos capacita para hacer esto. Nuestra vida de santificación no solo implica rechazar hacer el mal; también hay en nosotros una disposición positiva y alegría para obedecer a nuestro Cristo. ¡Oramos! ¡Confesamos nuestros pecados! Amamos a nuestro Dios y a Su Cristo. Aunque sea con lucha, nos sometemos a Su voluntad cuando Su mano pesada está sobre nosotros. Le obedecemos de muchas maneras. El comienzo de la vida eterna en nuestros corazones se manifiesta.

Sin embargo, para que en ningún momento creamos haber alcanzado la perfección, el *Catecismo de Heidelberg* nos detiene con recordatorios necesarios pero contundentes. Para que no digamos que nuestras obras son el fundamento de nuestra justificación, el *Catecismo* nos recuerda que esto es imposible, porque “nuestras buenas obras, aun las mejores en esta vida, son imperfectas y contaminadas de pecado” (P. 62). Después de explicarnos lo que la ley de Dios nos exige, nos pregunta: “¿Pueden guardar perfectamente estos mandamientos los que son convertidos a Dios?” La respuesta es: “No, porque incluso los más santos, en tanto estén en esta vida, no cumplen más que con un pequeño principio de esta obediencia” (P. y R. 114).

¡Así el Espíritu y la carne libran una guerra constante dentro de nosotros! ¡Como parte de nuestra vida! ¡En todo lo que hacemos! Lo que emerge de nuestros corazones santificados es la vida perfecta e inocente de un santo sin pecado. Sin embargo, debido a que el Espíritu obra en y a través de *nosotros*, esas obras del Espíritu, al convertirse en nuestras obras, pasan a través de nuestras naturalezas depravadas y son distorsionadas y corrompidas por nuestras naturalezas. La obra del Espíritu es como un arroyo de agua, puro y claro, pero que debe pasar en su camino hacia la desembocadura del río a través de un tubo contaminado con químicos tóxicos. Nuestra carne depravada contamina incluso nuestras mejores obras.

La verdad de nuestra santificación no es que el Espíritu haga todo lo bueno, mientras nosotros permanecemos en la línea lateral observando lo que sucede. Tampoco es lo contrario: nuestras naturalezas son capaces de hacer algo bueno, mientras el Espíritu observa desde la línea lateral. Tampoco nosotros y el Espíritu trabajamos juntos en un esfuerzo por vencer a nuestra carne. La maravilla es que el Espíritu obra solo lo bueno en nosotros y a través de nosotros para que hagamos lo bueno, pero nuestra carne lucha contra el Espíritu y contra nosotros en su lucha continua por mantener su corrupción y obligarnos a hacer cosas corruptas.

Sin embargo, el Espíritu de Dios obra en nosotros “así el querer como el hacer, por su buena voluntad” (Flp. 2:13). Así que estamos llamados a luchar. Estamos llamados a hacer lo que el Espíritu hace posible para nosotros. Estamos llamados a hacer lo que el Espíritu nos capacita para hacer mediante una confianza consciente y completa en el poder de la cruz en la que murió nuestro Salvador.

Por qué Dios nos salva a través de la lucha

De este debate surgen dos preguntas. La primera pregunta es: ¿Cuál es la relación entre la obra del Espíritu Santo en nosotros y nuestras buenas obras?

No podemos responder completamente a esta pregunta, porque las obras de Dios, también en nosotros, son tan poderosas, tan grandes, tan superiores a todo lo humano, que siguen siendo misteriosas, aunque profundamente maravillosas, y esto último a causa de las primeras. La regeneración misma es una maravilla de la gracia, como lo es la santificación, que se apoya firmemente en la justificación por los méritos de la expiación de Cristo.

El hecho es que la salvación en Cristo es el único gran milagro que Dios, del que todos los demás milagros no son más que signos. Si no podemos entender los signos, ¿cómo comprenderemos la maravilla de la realidad? Pero sabemos que es verdad que la obra de la santificación es enteramente obra del Espíritu. Sin embargo, estamos llamados, solemne y urgentemente, a hacer buenas obras. Tan urgente es esta llamada que incluso se nos promete una recompensa por estas obras (Ap. 22:12). Nosotros trabajamos y Dios trabaja por medio de la obra del Espíritu Santo, pero sigue siendo nuestra.

La segunda pregunta es: ¿Por qué Dios obra la santificación en nosotros de tal manera que, aunque domina toda nuestra vida, nunca se completa en nuestra peregrinación terrena, sólo se realiza parcialmente en el momento de la muerte, cuando nuestras almas van con el Señor y sólo se perfecciona y completa con el regreso de Cristo, cuando nuestros cuerpos son santificados en la resurrección?

Desde el punto de vista de Su omnipotencia, Dios podría santificarnos completamente en un momento. Él podría limpiarnos cuando comience Su obra en nosotros. Él podría destruir completamente nuestras viejas naturalezas, y darnos nuevas y gloriosas, tal como será en el cielo.

Pero Dios tiene una buena razón para no salvarnos de esta manera.

Si fuéramos completamente santificados cuando Dios comenzó Su obra en nosotros, no podríamos vivir en este mundo, sino que tendríamos que ser llevados inmediatamente al cielo, porque nuestra santificación es una nueva vida que es celestial y no terrenal.

Pero si fuéramos llevados al cielo, el resto de los miembros de la iglesia no podrían nacer y la iglesia nunca estaría completa. Dios crea la Iglesia mediante el matrimonio terrenal, la relación sexual, la concepción y el nacimiento; y Dios salva a Su iglesia en la línea de generaciones en los creyentes y su semilla, así como a través de la predicación del evangelio en el campo misionero, por el cual otras líneas son injertadas en la iglesia.

Dios es un Dios grande y en nuestra salvación quiere que conozcamos su gloria, majestad, gracia y misericordia mostradas en Cristo. Cuando miramos nuestra salvación desde nuestro punto de vista, debemos entender que nuestra salvación es una obra muy difícil. Está más allá del poder humano en todos los aspectos. Pero también es difícil para Dios, pues, como lo expresa Pedro, nos salvamos «con dificultad» (I

P. 4:18), es decir, nos salvamos con la mayor dificultad, por los pelos. Hablo como hombre, pero Dios tiene todo lo que puede hacer para salvarnos. Reflexionemos sobre el hecho de que nuestra salvación le costó a Dios la muerte de Su propio Hijo amado en la agonía de Cristo en el Calvario. Somos tan malos que hacernos santos requiere el poder supremo de Dios.

No es fácil transformar una piedra sucia en un bloque de mármol, apto para la morada de Dios. No es fácil convertir a una prostituta en la esposa de Cristo. No es fácil convertir a un blasfemo en un pecador arrepentido que, golpeándose el pecho, clama: «Dios, ten piedad de mí, pecador». No es fácil para Dios cambiar a un vil pecador como yo en un santo más glorioso que los ángeles.

Cada paso del camino al cielo, Dios está salvando a un pecador que lucha contra Su esfuerzo y que resiste Su poder tanto como puede. Nosotros caminamos al borde mismo de un abismo y nuestros ojos lo miran con anhelo. Dios debe sostenernos en todo momento y a veces nos sostiene incluso cuando no queremos ser sostenidos. Cuando por fin llegamos a la gloria agotados, golpeados, tropezando y cansados, nuestra llegada es un testimonio del poder de la gracia revelada en Cristo.

Así debe ser. Esa verdad debe vivir y vive en nuestra conciencia a cada paso de nuestra estancia aquí en nuestro camino de peregrinos. Nosotros somos salvados por la gracia. Somos salvados por un poder infinitamente mayor que nosotros mismos. Somos salvados para que se demuestre sin lugar a dudas que toda alabanza pertenece sólo a Aquel que nos ha salvado. Somos lo que somos para mostrar las alabanzas de nuestro Dios. El grito angustiado pero gozoso de Pablo resuena en el corazón de todo el pueblo de Dios: «¿Quién me librá del cuerpo de esta muerte? Gracias doy a Dios por medio de Jesucristo nuestro Señor» (Ro. 7:24-25).